

SARA
HASHEM

LA
HEREDERA
DE JASAD

El Trono Calcinado: Libro I

Traducido del inglés por Alicia Botella Juan

FAERIS



Orban

Lukub

Cumbre Sangrienta

Palacio
de Marfil

Castillo
de Orban

Paso Meridiano

Llanuras Desérticas

Pozos de los Traidores

Bosque

Bosque
Ayume

Túneles de
entrenamiento
de Sylvia

Río Hirun

Mahair

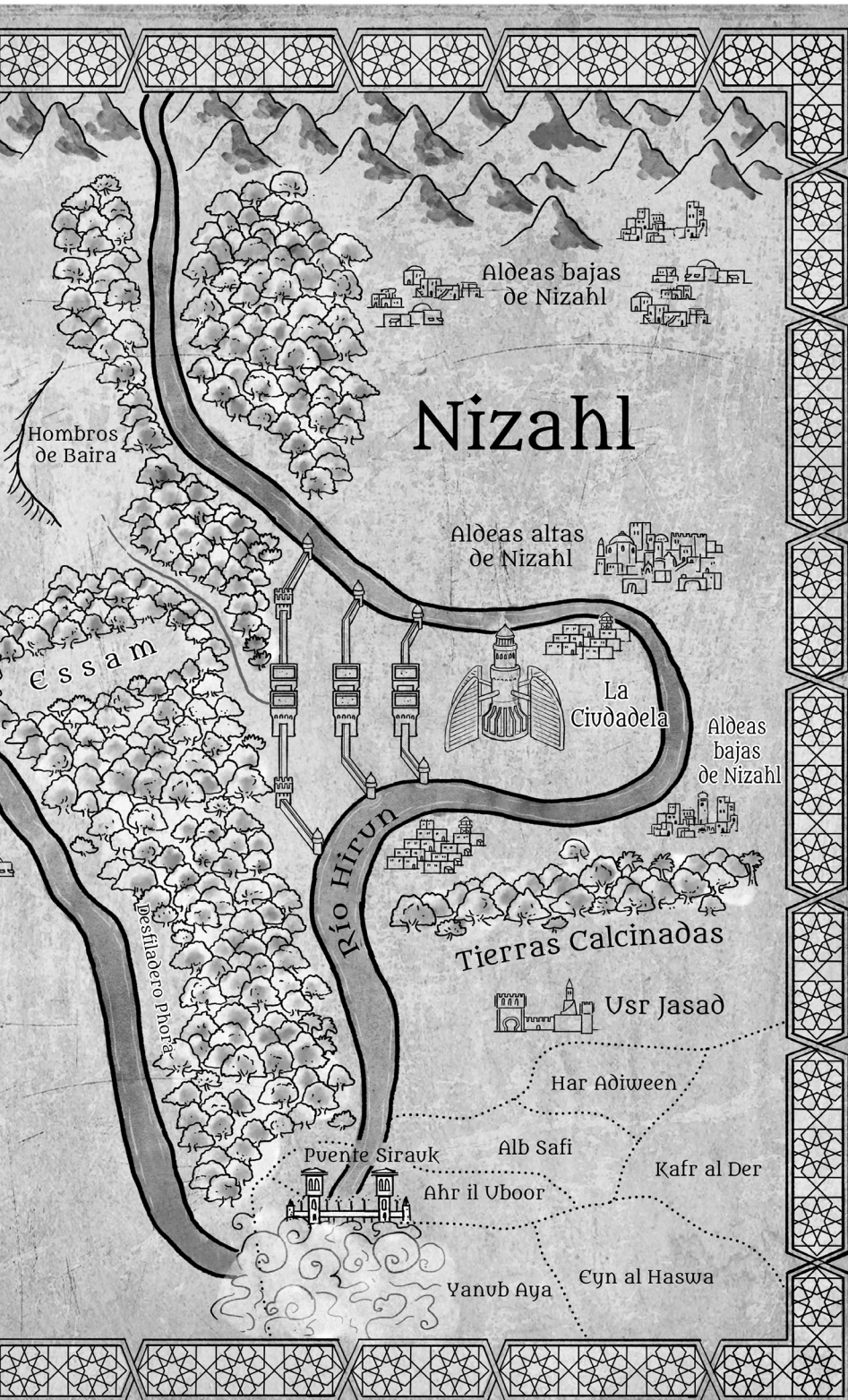
Aldeas altas
de Omal

Dar al
Mansi

Palacio
de Omal

Aldeas bajas
de Omal

Omal





PERSONAJES

REINO DE JASAD

Essiya: heredera de Jasad

Palia: malika, reina de Jasad, abuela de Essiya

Niyar: malik, rey de Jasad, abuelo de Essiya

Niphran: madre de Essiya, hija de Palia y Niyar

Hanim: qayida, líder del ejército de Jasad

Dawoud: asesor jefe desde Ustr Jasad

Soraya: asistente de Essiya

REINO DE NIZAHL

Arin: heredero de Nizahl, comandante del ejército nizahlano

Rawain: supremo de Nizahl, padre de Arin

Jeru: soldado de Arin

Vaun: soldado de Arin

Wes: soldado de Arin

Ren: soldado de Arin

REINO DE OMAL

Felix: heredero de Omal

Hanan: reina de Omal, abuela de Essiya y Felix

Emre: anterior heredero de Omal, padre de Essiya

REINO DE ORBAN

Sorn: heredero de Orban

Murib: rey de Orban



CAPÍTULO UNO

Dos cosas se interponían entre una buena noche de descanso y yo, y solo tenía permitido matar a una de ellas. Me abrí paso sigilosamente por la ribera musgosa del río Hirun, atenta a la más mínima señal de movimiento. La mugre y las altas horas... eran cosas que me esperaba. Cualquier aprendiz de la aldea está acostumbrado a tratar con eso. Lo que no me esperaba eran las ranas.

—Despedíos del mundo, molestas sabandijas —murmuré.

Las ranas habían desarrollado una estrategia defensiva que ponían en marcha cada vez que me acercaba. En primer lugar, la que estaba de guardia daba la alarma y las demás saltaban al río. Por último, la valiente vigía también se arrojaba al agua para salvar la vida. Un esfuerzo tan admirable como inútil.

Tenía suciedad incrustada debajo de las uñas. La luz de la luna se filtraba a través del dosel de árboles esqueléticos y, por un momento, mi mano pareció otra. Una mucho más cuidada y algo más débil. Una mano como las de Niphran. Unas manos capaces de blandir un hacha junto al más fuerte de los leñadores, tejer una maraña de rizos en delicadas trenzas o clavar lanzas en las fauces de los más temibles monstruos. Durante los primeros años de mi vida, antes de que el dolor por el asesinato de mi padre se apoderara de Niphran como la podredumbre, antes de que perdiera por

completo la cordura, no había nada que las manos de mi madre no pudieran hacer.

Ay, si me viera ahora, cubierta de mugre y burlada por unas simples ranas de río.

El Hirun exhaló su bruma opaca insuflando vida a los huesos invernales del bosque Essam. Me lavé las manos en el río y deseché los pensamientos sobre los muertos.

Se oyó un frenético croar tras la raíz de un árbol. Me lancé hacia delante y atrapé a la centinela, que empezó a patalear. Los valientes nunca logran escapar. Me la acerqué a la cara.

—Tus amigos están persiguiendo grillos y tú estás aquí. ¿Ha valido la pena?

Dejé caer la rana flácida en el cubo y suspiré. Me faltaban diez, lo cual significaba que me quedaba otra ronda corriendo en círculos con la esperanza de que no me entrara barro por el agujero de la bota derecha. El hecho de que Rory fuera un boticario de renombre no me impresionaba, ni tampoco la codiciada oportunidad de formación. Lo que me impedía tirar el cubo y largarme al refugio de Raya, donde me esperaba una comida caliente y una cama cómoda, era una deuda de conveniencia.

Rory no hacía preguntas. Cuando me había presentado en su puerta cinco años antes, cubierta de sangre y temblorosa, Rory me había curado las heridas y me había llevado con Raya. El boticario rescató de una vida de indigencia a una huérfana de quince años sin pasado ni antecedentes conocidos.

El chasquido repentino de una rama hizo que me tensara. Me metí la mano en el bolsillo y enrosqué los dedos alrededor de la empuñadura de mi daga. Dada la predilección de los soldados de Nizahl por realizar registros al azar, solía llevar el arma oculta en la bota, pero la había usado para liberar mi pie de una maraña de helechos y me la había guardado en el bolsillo.

Eché un rápido vistazo a las ramas, pero no encontré nada. Intenté que mi mirada no se detuviera en los huecos vacíos de negrura entre los árboles. Había visto demasiadas atro-

ciudades surgiendo de la oscuridad como para volver a confiar en su calma.

Mis ojos se movieron hacia el lugar que más temor me inspiraba: la hilera de árboles detrás de mí, todos con idénticas marcas negras de una precisión escalofriante. En los troncos que rodeaban la frontera de Mahair, había tallado un símbolo de un cuervo negro desplegando las alas. En el fango del bosque, los cuervos permanecían prístinos. Atravesar los árboles marcados sin permiso era una ofensa que se castigaba con la cárcel o algo incluso peor. En las aldeas bajas, donde los líderes del reino estaban acostumbrados a hacer la vista gorda con las libertades que se tomaban los soldados de Nizahl, lo peor solía ser solo el principio.

Me metí la daga en el bolsillo y caminé hasta el límite del perímetro. Tracé el ala extendida del ave con la uña del pulgar. Renunciaría a todas las ranas del cubo a cambio de ser lo bastante valiente para arañar el emblema y arrancarlo de cuajo. Quizás, ese mismo arrebato de valentía haría que mi daga trazara una línea en la corteza para desfigurar los símbolos de poder de Nizahl. No eran muros ni espadas los que nos mantenían acorralados como animales, sino simples dibujos tallados en los troncos. El poder de otro reino ondeando sobre nosotros como aire envenenado, controlando todo lo que tocaba.

Observé la rana centinela que llevaba en el cubo y bajé la mano. La valentía no compensaba el precio. Ni las astillas.

Una espesa capa de escarcha cubría el camino que llevaba de vuelta a Mahair. Me tapé con la capucha hasta la nariz en cuanto crucé el muro que separaba Mahair del bosque Essam. Me desvié hacia un callejón para serpentear hasta la botica de Rory en lugar de arriesgarme a recorrer la carretera principal expuesta y patrullada con regularidad. La oscuridad me envolvió en cuanto entré en el callejón. Apoyé una mano en la pared para estabilizarme y permití que el penetrante olor a estiércol guiara mis pasos. Una gata siseó bajo una pila de cajas, protegiendo el cadáver medio devorado de una rata.

—Ya he cenado, pero gracias por el ofrecimiento —susurré apartándome del alcance de sus garras.

Veinte minutos después, dejé caer el cubo lleno a los pies de Rory.

—Exijo una renegociación de mi salario.

Rory no levantó la mirada de su lista.

—Exige lo que quieras. Estaré ahí.

Desapareció en la trastienda. Fruncí el ceño pensando en seguirlo al otro lado de la cortina y atacarlo con los cadáveres de las ranas. El hedor a barro y moho se me había adherido permanentemente a la piel. Lo mínimo que podía hacer era pagarme algo más para que pudiera costearme el jabón que necesitaba para enmascararlo.

Preparé las cataplasmas y sellé con cuidado cada frasco antes de guardarlo en la cesta. Una de las pocas veces que me tocó sufrir el temperamento de Rory fue cuando olvidé precintar los ungüentos antes de dárselos al hijo de Yuli. Aquel día aprendí tanto sobre la propagación de enfermedades como sobre la ética férrea de Rory.

El boticario regresó.

—Ya he acabado contigo. Ve a dormir un poco. No quiero que tu cara espante a mis clientes mañana.

Revisó el cubo y les dio la vuelta a algunas de las ranas. La edad había causado estragos en la tez morena de Rory. Tenía los largos dedos constantemente manchados del color de su último tónico y un surco permanente asentado entre las pobladas cejas. Yo lo llamaba el «medidor de ira» porque siempre podía calcular su nivel de enfado por la cantidad de arrugas que se le formaban sobre la nariz. A pesar de que tenía una antigua lesión en la cadera, su delgadez no era señal de fragilidad. Las pocas ocasiones en las que sonreía, se volvía evidente que había sido guapo de joven.

—Si me entero de que has vuelto a llenar el fondo de tierra, te envenenaré el té.

Me puso un bulto envuelto en los brazos.

—Toma.

Desconcertada, le di la vuelta.

—¿Para mí?

Señaló la tienda vacía con el bastón.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza, niña?

Retiré la tela con cautela esperando que, de un momento a otro, me explotara en la cara, pero descubrí un par de guantes dorados preciosos. Eran más suaves que el ala de una paloma y, probablemente, costarían más que cualquier cosa que pudiera comprar con mi dinero. Levanté uno con admiración.

—Rory, esto es demasiado.

Apenas me contuve de ponérmelos. Los dejé con sumo cuidado sobre el mostrador y corrí a lavarme las manos manchadas. No quedaban paños limpios, así que me sequé en la túnica de Rory y me gané un manotazo en la oreja.

Los guantes me sentaban de maravilla. Suaves y flexibles, cedían cuando flexionaba los dedos.

Levanté las manos ante el farol para inspeccionarlos más de cerca. Tendrían un precio elevado en el mercado. Aunque no pretendía venderlos enseguida, por supuesto. A Rory le gustaba fingir que tenía la misma profundidad emocional que una cuchara, pero le dolería que me deshiciera de su regalo el día después de recibirlo. No costaba encontrar mercados en Omal. Las aldeas bajas siempre necesitaban comida y suministros. Comerciar unos con otros era más fácil que suplicar migajas del palacio.

El anciano sonrió brevemente.

—Feliz cumpleaños, Sylvia.

Sylvia. Mi primera mentira y también mi favorita. Apreté los puños.

—¿Un regalo de consolación para la eterna solterona?

En cinco años, Rory no había olvidado ni una sola vez la fecha de cumpleaños que me había inventado.

—No creo que se te pueda considerar eterna solterona con apenas veinte años.

A decir verdad, ya estaba a mitad de camino de los veintiuno. Otra mentira.

—Eres tan viejo como el tiempo. Seguro que todo aquello que está por debajo de cien debe parecerse joven.

Me dio un golpe con el bastón.

—Ya es hora de que las solteronas se vayan a dormir.

Salí de la tienda más animada. Me ajusté la capa alrededor de los hombros y me até la capucha debajo de la barbilla. Tenía que completar una tarea más antes de reunirme por fin con mi cama e implicaba adentrarme en la silenciosa aldea. Esas eran las horas en las que la mente se desbocaba, en las que la mampostería hueca se convertía en susurros de shaiatín, y los rasguños de las alimañas, en sonidos de muertos inquietos.

Era consciente de la facilidad con la que el miedo transformaba las sombras en figuras macabras. Llevaba años sin dormir una noche del tirón y algunos días no confiaba en nada más que mi aliento y el suelo bajo mis pies. La diferencia entre los demás aldeanos y yo era que yo conocía los nombres de mis monstruos. Sabía qué aspecto tendrían si me encontraban y no me hacía falta imaginarme el destino que me depararía.

Mahair era un pueblo pequeño, pero tenía una larga historia. Los niños aprendían los relatos que les contaban sus madres, padres y abuelos. La superstición mantenía a Mahair con vida mucho después de que el tiempo hubiera pasado una nueva página para sus habitantes.

También mantenía mi negocio.

En lugar de ir directa al refugio de Raya, me adentré por el camino de los vagabundos. Restos de masa empapada en miel y grasa marcaban el sitio donde las hijas del halawani picoteaban entre encargo y encargo, sentadas en el escalón de cemento delante de la pastelería de sus padres. Esquivando a los perros que husmeaban los restos, comprobé que no hubiera nadie que pudiera informar a Rory de mis movimientos.

Rory y yo teníamos la tradición de perdonarnos. No obstante, si descubría que estaba atendiendo a omalianos en su nombre, vendiendo brebajes inútiles a quienes eran lo bastante supersticiosos para comprarlos..., bueno, dudaba que me perdonara por semejante transgresión. Los «remedios» que preparaba para mis clientes eran inofensivos. Hierbas aplastadas y licores alterados. La mayor parte del tiempo, las dolencias que pretendían curar eran más ridículas de lo que pudiera meter en el bote.

La casa que buscaba estaba a diez minutos a pie del refugio de Raya. Demasiado cerca para mi tranquilidad. Goteaba agua por el tejado hundido, desde donde se extendía una cuerda para tender estirada de gancho a gancho. Un par de prendas de ropa interior habían caído al suelo. Las aparté de una patada. Raya me había enseñado años antes a esconder la ropa interior en el tendedero enganchándola tras una prenda más grande. Yo no había entendido la necesidad de tanta discreción. Seguía sin hacerlo. Pero esta noche el tiempo era un recurso limitado y no lo desperdiciaría evitando la vergüenza de unos omalianos por tener la prueba definitiva de que llevaban ropa interior.

Se abrió la puerta.

—Sylvia, menos mal —dijo Zeinab—. Hoy se encuentra peor.

Intenté limpiarme las botas embarradas golpeando con ellas el borde de la puerta y entré.

—¿Dónde está?

Seguí a Zeinab hasta la última habitación del corto pasillo. Una bocanada de incienso nos invadió cuando abrió la puerta. Abaniqué la niebla blanca que flotaba en el aire. Una anciana arrugada se mecía de delante hacia atrás en el suelo con manchas de sangre en los brazos, donde se había clavado las uñas. Zeinab cerró y se mantuvo a una distancia segura. Las lágrimas inundaban sus grandes ojos avellana.

—He intentado darle un baño y me ha hecho esto. —Zeinab se levantó la manga de la abaya y dejó al descubierto un mapa de arañazos rojos.

—Bien. —Coloqué la bolsa sobre la mesa—. Te avisaré cuando haya terminado.

No me costó reducir a la anciana con un tónico. Me situé tras ella y le pasé un brazo por el cuello. Me tiró de la manga y abrió la boca para jadear, momento que aproveché para verterle el tónico por la garganta mientras aflojaba el brazo lo suficiente para permitir que tragara. Cuando estuve segura de que no iba a escupirlo, la solté y me reajusté la manga. Me escupió a los talones y me mostró unos dientes ensangrentados porque se había mordido el labio.

Fue cuestión de minutos. Mis talentos, por dudosos que fueran, se centraban en un engaño rápido y certero. Una vez en la puerta, dejé que Zeinab me deslizara un puñado de monedas en el bolsillo de la capa y fingí sorpresa. Nunca entendería a los omalianos y su falsa modestia.

—Recuerda...

Zeinab asintió con impaciencia.

—Sí, sí. No diré ni una palabra de esto. Han pasado años, Sylvia. Si el boticario se entera de algo en algún momento, no será por mí.

Parecía bastante segura de sí misma para ser una mujer que nunca se molestaba en preguntar qué llevaba el tónico que le vertería regularmente a su madre por la garganta. Me despedí de ella con aire distraído y me guardé la daga en el mismo bolsillo que las monedas.

Charcos de lluvia maloliente plagaban el camino de tierra lleno de baches. La mayor parte de las casas de la calle podían considerarse chozas, con los techos de paja agitándose sobre las paredes formadas por barro y parches irregulares de ladrillo. Esquivé una hilera de estiércol verde de mula con un punzante olor a hierba y agua estancada.

¿Habría excrementos en las calles de las aldeas altas de Omal?

La vecina de Zeinab había esparcido plumas de gallina frente a su puerta para presumir de buena fortuna ante sus vecinos. Su hija se había casado con un comerciante de Dawar y la dote había sido

tal que les permitiría comer pollo todo el mes. De ahora en adelante, las prendas más finas envolverían el cuerpo de esa muchacha, la carne más selecta y las verduras más apetitosas llenarían su plato y nunca más tendría que sortear excrementos de mula en Mahair.

Doblé la esquina contando con aire ausente las monedas de mi bolsillo y me choché contra un cuerpo.

Me tambaleé y recuperé el equilibrio al apoyarme en un montón de ladrillos de arcilla agrietados. El soldado de Nizahl no se movió, solo frunció el ceño.

—Identifícate.

El pánico desplegó las alas en mi garganta. Aunque no había un toque de queda que restringiera nuestros movimientos por la aldea, no eran muchos los que se arriesgaban a dar un paseo nocturno. Los soldados de Nizahl solían patrullar en pareja, lo cual implicaba que el compañero de este hombre probablemente estaría acosando a otra persona al otro lado del pueblo.

Reprimí el pánico y lo obligué a plegar sus alas temblorosas. El miedo era una plaga, su único propósito era extenderse hasta destrozarse cada pensamiento e instinto.

Bajé la mirada de inmediato, puesto que sostenérsela a un soldado de Nizahl solo podía causar problemas.

—Me llamo Sylvia. Vivo en el refugio de Raya y soy aprendiz del boticario Rory. Me disculpo por sobresaltarlo. Una anciana necesitaba un tratamiento urgente y mi jefe está indispuesto.

A juzgar por las arrugas de su rostro, el soldado estaría cerca de los cincuenta. Si hubiera sido un patrullero omaliano, su edad habría importado poco. Pero los soldados de Nizahl solían sufrir muertes prematuras y sangrientas. Si este hombre había sobrevivido lo suficiente para tener arrugas en la frente, significaba que, o bien era un adversario letal, o bien era un cobarde.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Soy pupila en el refugio de Raya —repetí. Debía de ser nuevo en Mahair, puesto que todo el mundo conocía el orfanato de Raya en la colina—. No tengo madre ni padre.

No insistió en el tema.

—¿Has presenciado algún tipo de actividad que pueda llevar a la captura de un jasadí?

A pesar de que era una pregunta habitual de los soldados con la intención de fomentar la vigilancia ante cualquier indicio de magia, me estremecí por dentro. El arresto más reciente de un jasadí en nuestra aldea había tenido lugar hacía tan solo un mes. Por los rumores, me enteré de que una chica había asegurado ver a su amiga arreglando una grieta del suelo con un gesto de la mano. Había oído todo tipo de elogios dirigidos a la joven por su valentía al delatar a una quinceañera. Elogios y celos... Todos anhelaban tener la oportunidad de convertirse en héroes.

—No. —Llevaba cinco años sin ver a otro jasadí.

Frunció los labios.

—¿El nombre de la anciana?

—Aya, pero la cuida su hija Zeinab. Puedo acompañarlo hasta su casa, si lo desea. —Zeinab era astuta, tendría una mentira preparada para una ocasión así.

—No es necesario. —Agitó una mano por encima del hombro—. Puedes continuar. Mantente lejos del camino de los vagabundos.

Algo bueno que tenían los soldados de Nizahl mayores era que se mostraban menos propensos a las bravuconadas y a las despiadadas tácticas de interrogatorio que aplicaban sus compañeros más jóvenes. Agaché la cabeza en señal de gratitud y pasé a toda velocidad junto a él.

Unos minutos después, entré en el refugio de Raya. Por el aroma de la cera, no había pasado mucho tiempo desde que se había acostado la última chica. Aliviada al ver que habían olvidado mi cumpleaños, me quité las botas en la puerta. Raya se había reunido ese día con los comerciantes de telas. Negociar siempre la dejaba de mal humor. El único reconocimiento por mi cumpleaños sería un desayuno de fetir mantecoso y hojaldrado con melaza por la mañana.



CAPÍTULO DOS

Mucho después de que toda la gente decente estuviera dormida, salí del refugio. Rodeé la cesta con ambos brazos mientras bajaba la colina a toda velocidad. La capucha me cubría la frente. Los rizos, acumulados en la nuca, me protegían del viento helado. Odiaba marcharme del refugio sin trenzarme el pelo, puesto que mi cortina de rizos era el arma perfecta para cualquier enemigo que quisiera hacerme girar por los aires como un lazo para atrapar reses. La visita improvisada de Marek y Sefa me había obligado a ajustar el horario.

La noche había caído sobre Mahair y una densa niebla flotaba entre las tiendas cerradas. En tres horas, Yuli despertaría a los chicos que dormían en el establo para que limpiaran el suelo y soltaran a las vacas para que pastaran. Los niños harían cola ante la panadería con bandejas de madera caladas cargadas al hombro para llevar el desayuno a sus familias. Mahair, como el resto de Omal, tenía más vida durante el día.

Me detuve al final de la colina y observé el sendero. Vivíamos justo detrás del camino de los vagabundos, pero estos sabían que más les valía no meterse conmigo. Los soldados eran el auténtico problema. No podía arriesgarme a toparme de nuevo con la patrulla. Solo cambiaban de turno dos veces: al amanecer y al anochecer.

Tras asegurarme de que el camino estaba despejado, agarré bien la cesta y seguí andando. Las ruedas de una carreta habían dejado surcos profundos en el suelo. Caminé por encima de su rastro, ocultando mis pisadas en la tierra ya revuelta. Una preocupación algo estúpida, teniendo en cuenta el rígido horario de sueño de Mahair. Había pocas casas y establecimientos que se molestaran en invertir en faroles exteriores y, si lo hacían, optaban por los que tenían forma de concha y usaban el aceite justo para iluminar su entorno inmediato. El único farol de toda la calle colgaba de un balcón a seis edificios de distancia.

Lo que recordaba de mi infancia en Jasad no llenaría el bolsillo de un pobre, pero sabía que éramos gente nocturna. Al igual que no había dos pueblos idénticos en Omal, cada vilayato de Jasad tenía unas costumbres ligeramente diferentes. Por las noches, las hijas de las familias adineradas cambiaban sus galas por ropa de calle y se perseguían durante kilómetros. Los hombres se reunían para tomar el té y jugar a juegos de mesa, y sus risas y gritos de alegría se oían por toda la calle. Y, en cada vilayato, la magia impregnaba el aire. Animaba el cielo, retumbaba en la tierra. Nací en un lugar donde la magia significaba dicha. Celebración y seguridad.

Crucé la calle perdida en mis pensamientos. Un higo chumbo cayó de debajo de la manta que había arrojado sobre la cesta.

—Por el hacha sangrienta de Dania —maldije recogiendo la condenada fruta con el borde de la túnica.

Los caramelos de semillas de sésamo habían aumentado el volumen de los suministros de emergencia de esta semana. ¿Por qué los había metido en la cesta? Como si fuera a estar de humor para dulces si surgía la necesidad repentina de huir de Mahair. Me imaginé dándome un capricho mientras me escondía en un desfiladero lleno de cenizas de muertos.

Un muro medio desmoronado de ladrillos, barro y paja separaba Mahair del bosque. Palpé con cautela una piedra angular. Una nube de polvo brotó por la presión. Malditos fueran los awalín. A veces odiaba este sitio.

Los muros eran una reliquia de los tiempos pasados, cuando los monstruos acechaban en las fronteras de los reinos y se alimentaban de los rastros de magia que quedaban entre los árboles. Eran unas criaturas aterradoras con cuernos más largos que mi brazo y unas colas como espadas afiladas. Unos monstruos más pensativos, con rostros encantadores y una mano que te atraía dulcemente hasta tu horrible final. La magia había plagado el Essam durante la mayor parte de su existencia y, donde había magia, aparecían monstruos.

Si los monstruos hubieran querido entrar en el pueblo, no los habría detenido un simple muro, pero supongo que proporcionaba cierta sensación de seguridad a las gentes de Mahair. Limpié el polvo que cubría las palabras grabadas en la piedra caliza.

«QUE PODAMOS VIVIR LAS VIDAS QUE SE LES NEGARON A NUESTROS ANTEPASADOS».

Mi abuela me había contado que los monstruos ya estaban desapareciendo cuando Nizahl descendió sobre el bosque en oleadas poderosas y aplastantes treinta y tres años atrás. El asedio fue largo y letal. Los monstruos huyeron a las aldeas que se encontraban cerca de la linde del bosque y masacraron a poblaciones enteras.

Me acerqué al muro y seguí moviéndome. La purga de monstruos no fue la primera campaña de Nizahl contra la magia, pero sí la más efectiva. Para los demás reinos, tener que enterrar a sus muertos no fue una consecuencia del asalto mal planeado del anterior supremo, sino de la magia misma. La magia engendraba monstruos y los monstruos mataban sin discriminación.

Aquello supuso la primera señal de la condena de Jasad.

Me separé del muro para pasar entre los montones de paja que bloqueaban el camino. Los niños solían entrar sigilosamente en el Essam, así que habían colocado obstáculos al azar alrededor del pueblo para mantenerlos dentro.

Un burro ahuyentó perezosamente a una mosca de su oreja y abrió las enormes fosas nasales al verme. ¡Por fin! Exhalé al ver



CAPÍTULO TRES

Marek y Sefa contemplaron el cuerpo del soldado. Las hormigas habían trepado por la sangre seca de su barbilla.

Sefa fue la primera en hablar.

—Tu daga funciona muy bien.

—¡Sefa! —espetó Marek.

—¡Es cierto! Trabajas con animales, sabes lo complicado que es hacer un corte tan largo y profundo en el bajo vientre. Y ella lo ha hecho mientras la atacaba. Es impresionante.

—¿Es eso verdad? —quiso saber Marek, con el cabello rubio aplastado—. Lo de que te estaba atacando.

No habían preguntado nada cuando los había sacado de la cama y los había obligado a correr a toda velocidad hasta el bosque. Al pasar la línea de árboles marcados con cuervos, me habían seguido sin vacilar ni un instante. Les debía una parte de la verdad. Al menos, la que podía revelar.

—Sí. Me habría matado si no lo hubiera hecho yo antes. He atravesado la línea de los árboles de los cuervos para buscar unos ingredientes para Rory que había olvidado y no ha aceptado mi explicación. —Señalé su espada caída—. Me llevarán a juicio si no camuflé su muerte como un tropiezo accidental en el Hirun.

La violencia de los soldados de Nizahl requería poca aclaración. Todos habían sentido el azote de su terrible poder en algún momento. Mis amigos no jasadíes no necesitaban saber que me había acusado de algo más que un simple traspaso de la frontera. Quizás sintieran más simpatía por el soldado si supieran qué clase de mano había acabado con él.

Les describí el plan, consciente de que estábamos librando una carrera contra el amanecer. Todos mis instintos se oponían a permitir que me ayudaran. Si cometían un error, sería mi perdición. Sin embargo, el trabajo en equipo era imprescindible para superar esa noche.

—Manipular el cuerpo no será sencillo. Si dudáis de vuestra tolerancia, podéis esperar detrás de esos árboles. Solo necesito vuestra ayuda para transportarlo hasta el río.

—Este es un mal presagio. Un muy mal presagio. Apenas faltan siete semanas para el Alcalah. ¿No se supone que debe traer prosperidad y buena fortuna? —Sefa parecía sobrecogida por el ángulo antinatural del cuello del soldado—. ¿Y si esto significa que los awalín están más cerca de despertar de su letargo?

—No seas idiota. —Marek se puso a recoger ramas para esparcirlas por la tierra empapada de sangre con una astucia digna de admiración—. El sueño de los awalín es permanente. Si un torneo tan sangriento y aleatorio como el Alcalah pudiera influir en los awalín, habrían surgido de sus tumbas para matarnos hace siglos. —Marek dispersó las ramas con más fuerza de la necesaria. La mención al Alcalah debía de haber abierto una antigua herida. Me pregunté si se habría unido alguna vez a las legiones de competidores que luchaban por el puesto de campeón de su reino—. Piénsalo bien, Sefa. Si al Alcalah o sus campeones tuvieran la capacidad de traer buena fortuna, el supremo lo habría considerado magia y lo habría eliminado después de la guerra. Lo que estamos presenciando aquí es el resultado de la soberbia de un soldado nizahlano.

Sefa se estremeció. Con las prisas, tanto Marek como ella habían olvidado coger algo para protegerse del viento. Parecía pe-



CAPÍTULO CINCO

El suelo tembló bajo mis pies. El instinto me golpeó y, antes de que pudiera reaccionar, ya tenía la daga en la mano. Se me acumularon las lágrimas en los ojos. No quería hacerle daño a Rory.

La última persona que me había llamado Essiya había sido Hanim. La qayida exiliada de Jasad me encontró magullada y cubierta de cenizas tras los sucesos de la Cumbre Sangrienta. Temblé de alivio al oír mi nombre en sus labios, anticipando una rápida salida del implacable bosque para volver al Usr Jasad. En lugar de eso, me mantuvo cinco años en el bosque mientras Jasad ardía.

El nombre de Essiya llevaba oscuridad dondequiera que fuera.

—¡Baja eso! —espetó Rory golpeándome la pierna con el bastón.

El dolor marcó mis siguientes palabras:

—¿Cómo lo has descubierto?

Había tenido mucho cuidado, pero no había sido suficiente. Hanim tenía razón: nunca lo sería. No importaba a dónde fuera o lo mucho que lo intentara, Essiya me seguiría.

—Lo supe en cuanto te vi, hambrienta, cubierta de sangre y temblando en esta puerta. La hija de Niphran, la heredera de Jasad. Essiya.

—¡No me llames así! —grité. La sangre me retumbaba en los oídos—. ¿Cómo?

La preocupación tiñó la voz de Rory. ¿Estaba inquieto por él o por mí?

—Tengo cierta historia con Jasad, una historia que existe desde mucho antes de que tú llegaras. Tranquila. Solo yo podría haberte reconocido. El destino te trajo a mi puerta aquella noche.

No me había dado cuenta de lo mucho que me estaba apoyando contra la pared hasta que me cedieron las piernas y me deslicé hasta el suelo. Mareada, repuse:

—Me dijiste que el destino es un consuelo para quienes están satisfechos y una desgracia para los necios.

Tenía los nudillos blancos alrededor de la daga. Debería estar clavada en el cuello de Rory para silenciar esa ponzoñosa verdad. Necesitaba un minuto, solo un minuto, para reordenar mis pensamientos.

—El comandante percibirá tu magia. Te ejecutará. —Finalmente, descifré el extraño tono de la voz de Rory. Estaba asustado por mí. Yo planteándome rebanarle la garganta y él consumido por la preocupación—. Si averigua quién eres en realidad...

—Tengo la magia escondida de él. No sabrá que soy... que soy una jasadí. —Tragué saliva con dificultad—. La heredera de Jasad murió con el resto de la familia real. No hay nada que descubrir.

Rory frunció los labios.

—No puedes estar segura. Tiene una habilidad sobrenatural para...

—Me ha tocado la mano y no ha encontrado nada, Rory. —Me pellizqué el espacio entre las cejas. Se me estaba gestando una migraña horrible entre las sienes—. No soy una novata.

La confusión de Rory me tranquilizó un poco. No sabía lo de los grilletes. Todavía me quedaba algún secreto.

—No lo entiendo.

Una pregunta más importante salió a la luz. Una que tendría que haber formulado cinco años atrás, pero, como Rory no había insistido, no me había atrevido a planteársela.

—¿Por qué no me preguntaste nunca de quién era la sangre que me cubría la noche en que llegué a Mahair?

—Sabía que no era tuya —respondió con tranquilidad—. Más allá de eso, me daba lo mismo.

Rory, que montaba en cólera cada vez que uno de sus experimentos salía un poco mal, que se obsesionaba con detalles como la temperatura óptima de almacenamiento, que se teñía las manos regularmente de diferentes colores rebuscando en las cestas de plantas que yo había recogido de los rincones más húmedos del Hirun... ¿A ese Rory no le importaba?

Aparté a un lado una cesta de frascos envueltos y me puse de pie.

—No lo entiendo. Si me reconociste, ¿por qué no te interesó dónde había pasado los últimos cinco años? ¿O cómo había sobrevivido a la Cumbre Sangrienta?

Rory reforzó el agarre de su bastón, pero mantuvo una expresión indolente.

—Hay muchas cosas que todavía no sabemos del otro, Essiya. Crispé la mandíbula.

—Te he dicho que...

—Mis disculpas, Sylvia. —Su voz transmitía desdén.

La reacción visceral que había experimentado al oír mi nombre de nacimiento había sido absurda. Ella no era una entidad separada de mí, un personaje ficticio en el relato de un bardo. Pero tampoco era del todo real. Ya no.

—Responde a mi pregunta —gruñí.

—Ten cuidado. No te debo ninguna respuesta.

—Quiero que me las des de todos modos.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada. Al final, entre dientes, Rory confesó:

—No quería saberlo.



CAPÍTULO SEIS

La mañana de la walima amaneció en un caos desatado. Daleel, una de las pocas cocineras buenas del refugio, había preparado hogazas de fino para desayunar. Me apresuré a cortar el pan todavía caliente por un lado y rellené la miga gruesa con huevos revueltos. Me escapé con mi bocadillo a tiempo de evitar a la horda de chicas que llegó a la cocina.

Al pie de la colina, Sefa me vio justo cuando la primera carreta en dirección a la carretera principal partía con ella a bordo. Me mostró el dedo índice en señal de advertencia mientras se alejaba.

—¡Compórtate! —gritó.

No había hablado con ella ni con Marek más que unos minutos desde aquella noche en el bosque. Normalmente me costaba encontrar tiempo a solas en el refugio, pero últimamente me había topado con un exceso de él. La noche anterior no habían acudido a la cena y había pillado a Marek en el pasillo, susurrándole algo con urgencia a Sefa, tras la aparición del heredero. Al acercarme, se habían enderezado con rapidez y me habían dado las buenas noches.

Su extraño comportamiento me preocupaba. ¿Y si la llegada del heredero los había hecho entrar en pánico? Podían sentir la tentación de entregarme para protegerse a sí mismos. Al fin y al cabo, ayudarme a ocultar el cadáver de un soldado asesinado no era mucho mejor que haberlo matado.

Le hice señas a la siguiente carreta. Los mantendría vigilados, no fuera que los lazos de la amistad empezaran a deshilacharse misteriosamente.

La carreta traqueteó por el camino irregular, con las cajas que cargaba deslizándose con cada bache e inclinación. Salté de la carreta en cuanto llegamos a la muchedumbre de la plaza. Había puestos a ambos lados de la carretera principal, atendidos por comerciantes ataviados con los colores de sus reinos. Gritaron cuando pasé, señalando sus frutas, joyas y bufandas. El aire fresco transportaba música junto con el aroma del azúcar quemado y la grasa. Los visitantes de las aldeas bajas omalianas abarrotaban la calle, vestidos con tonalidades blancas y azules. Un grupo de niños sentados en círculo jugaban con muñecas que representaban a los awalín. Una mujer con un pañuelo triangular rojo anudado sobre sus rizos apartó de un manotazo unos dedos ladrones de su bandeja de ghoriba y llamó a Yuli. Las chapas doradas que llevaba atadas al pañuelo tintinearón con el movimiento.

—Si le canto una canción a esta hermosa mujer, ¿la bailará?

Un hombre aproximadamente de mi edad se acercó con su laúd. El dulce rasgueo del instrumento me transportó a noches más tranquilas, descalza ante el Hirun mientras el río fluía a mi alrededor. Unos pasos más atrás, su compañera rio haciendo sonar su tubluh.

—¿Le concederás a mi música el honor de mover tu cuerpo y tu espíritu a su son?

—Por supuesto —contesté—. Voy a mover mi cuerpo lejos de aquí.

Intentando esquivar al alicaído músico del laúd, estuve a punto de chocar con un hombre que sostenía una bandeja llena de vasos de chai rojo sobre la multitud. El laúd y el tubluh siguieron sonando, su melodía viajaba por el aire y se entremezclaba con los gritos de los vendedores de aves.

—¿Una ula para su cocina, ya anisa? ¡Grabado por el mejor artista de Lukub!

—¡Abayas, abayas! ¡Venga a elegir su nueva abaya! ¡Bordada por el propio Hany de Orban!

Arqueé las cejas. ¿Qué mercaderes en su sano juicio vendrían a Mahair desde Orban o Lukub? La frontera más cercana con Orban requería seis semanas de viaje hacia el oeste, por no hablar del trayecto a través de las llanuras desérticas. Serían tres semanas si atajaban por el Essam, pero rara vez se tomaban esas rutas. Pese a que habían pasado más de treinta años, el ataque de los monstruos seguía muy vivo en la memoria. Atrapado entre Nizahl y Orban, Lukub había expandido recientemente sus tierras hacia el sur, en dirección al bosque. El trayecto a Mahair desde Lukub llevaría únicamente una semana viajando hacia el sur, aunque solo si se atravesaba el bosque. De lo contrario, cualquier comerciante lukubí con los ojos puestos en las aldeas bajas de Omal tendría que rodear Orban o Nizahl para llegar hasta nosotros.

Quizás tenían la intención de permanecer en las aldeas altas de Omal hasta la walima. Había oído que el palacio de Omal prefería celebrar su propia walima uno o dos días antes de la segunda prueba del Alalah.

Rory me había dado permiso para explorar los puestos antes de reunirme con él. No tenía demasiado interés en comprar baratijas que no pudiera llevar encima cuando huyera, pero recorrer la carretera me daría la oportunidad de estar atenta a la posible aparición de Arin y su guardia. Comparé dagas de los artesanos de Gahre, probé jaleas en polvo y mordisqueé frutos secos garrapiñados. Mantuve mi frugal autocontrol hasta que llegué a un puesto que tenía barriles repletos de caramelos de semillas de sésamo. Había devorado los que me habían regalado Sefa y Marek en un arrebato de estrés.

Ay, ¿qué más daba? Llené mi cesta y dejé diez monedas en la palma del mercader. O bien el comandante me llevaría a Nizahl para que muriera en el juicio, o bien huiría de este pueblo en cuanto se marchara. Su llegada había sumido mi ya incierto futuro en una desoladora nada. Me había ganado el derecho a atiborrarme de todos los caramelos que pudiera.



CAPÍTULO ONCE

Estaba gritando con los ojos cerrados cuando el hedor a carne podrida se desvaneció de repente. Me quedé inmóvil en el suelo. ¿Se había ido? Reuní por fin el coraje para abrir los ojos. Los insectos habían desaparecido, al igual que el espectro de Hanim.

Con el corazón en la garganta, me obligué a sentarme. El corte del cuello de Hanim se había abierto por los bordes y se curvaba como un segundo par de labios bajo su barbilla. No podía ser su cuerpo real, la magia de la muerte se había erradicado siglos atrás en un extraño momento de acuerdo entre los reinos. Habían replicado el aspecto de Hanim con todo detalle. Su extensa cabellera negra, siempre retirada en una trenza rígida, y la ceja que tenía ligeramente más larga y poblada que la otra. Casi había olvidado que hubo un tiempo en el que Hanim era hermosa.

Alguien había evocado una imagen de ella. Alguien que sabía cómo había muerto... y quién la había matado.

Otra preocupación se me clavó como una flecha en el estómago. Las «legiones» que Arin afirmaba que los grupos habían masacrado. ¿Y si los rumores sobre desapariciones a lo largo de los reinos no eran en absoluto rumores?

¿Creías que los jasadíes no te harían daño?, preguntó Hanim; se me erizó todo el cuerpo hasta que me di cuenta de que su voz

estaba en mi cabeza. *Dices que no les debes nada. Si no eres su aliada, eres su enemiga. En la guerra no puedes disfrutar del lujo de la indiferencia.*

Guerra. Me quité el barro de las palmas con fuerza, tal y como desearía deshacerme de los desvaríos de Hanim en mi cabeza. Nizahl había derrotado a Jasad en sus propias tierras. Los jasadíes estaban dispersos, perseguidos, atemorizados. Cualquier relato sobre sus conspiraciones para librar una nueva guerra provenía de bocas de lunáticos. Estaban en inferioridad numérica y de fuerzas. La única guerra que podían librar era la de la supervivencia.

Se partió una rama. Me giré. El titiritero del cadáver hechizado debía de andar cerca todavía. ¿Por qué se había detenido antes de acabar conmigo?

A lo lejos, un sonido nuevo me erizó la piel de los brazos.

Cascos de caballo.

La realidad me golpeó el pecho. Solo había una persona cuya presencia podía amedrentar a un poderoso jasadí hasta el punto de suspender su ataque.

—Menuda noche para enterrar en las tumbas más profundas —siseé levantándome con dificultad. El mundo me daba vueltas.

No podía escapar de él. Yo conocía el Essam prácticamente mejor que nadie, pero él también. Mi mejor opción era encontrar el Hirun y esperar llegar a un barranco o zanja. Aunque, con la suerte en mi contra, seguro que me toparía de frente con el jasadí que había intentado matarme.

Eché a correr por el bosque sin prestar atención al crujiir de las ramas ni a mi respiración entrecortada. Seguro que sabría a dónde me había dirigido por muy bien que camuflara el rastro. Las ramas delgadas me golpeaban la cara y los brazos desnudos y me dejaban líneas blancas en la piel. El suelo estaba salpicado de charcos de lodo que se volvían cada vez más grandes conforme avanzaba hacia el este. La luz de la luna titilaba entre los árboles e iluminaba fragmentos del Essam entre las zonas de sombras.

El olor a huevos podridos y resina me impregnó la nariz. ¡Sí, sí! El Hirun estaba cerca.

Pero también los cascós.

El viento transportó su voz sedosa a través de la oscuridad.

—Debes de tener hambre de fracaso.

Demasiado cerca. Estaba demasiado cerca. Moví los brazos. Se me soltó el moño y los rizos que cayeron me taparon la visión. Solo necesitaba llegar hasta el río. No podía estar lejos.

Mi bota se topó con un charco de lodo y me precipité hacia delante. Fui a parar justo al borde de una ribera escarpada y oscura como la boca de un lobo. Jadeé, me alejé del acantilado y me estrellé contra el suelo. ¡Idiota! Había olvidado los pequeños precipicios que rodeaban la ribera occidental del Hirun y se adentraban en el Essam con contornos irregulares y dentados.

Mis dedos rozaron la superficie áspera de un tronco. Me incorporé deprisa agarrándome al árbol. El murmullo del Hirun me acarició los oídos como la canción más hermosa.

Él no podría llegar con el caballo. El terreno estaba demasiado resbaladizo para arriesgarse a montar. Seguro que se acercaría a pie. Lamentablemente para él, no tenía intención de esperarlo.

Me puse la daga entre los dientes y me quité las botas. Cayeron al abismo y se estrellaron contra las rocas de abajo. Las vi desaparecer con el corazón en un puño. Lo último que me había traído de Mahair... perdido para siempre.

Ya tendrás tiempo para ponerte sentimental en la tumba. ¡Trepa!», espetó Hanim.

Una fina zapatilla de piel de becerro me cubría la planta del pie y se curvaba sobre mis dedos. Agradecí su protección cuando encontré un punto de apoyo. Con un ojo puesto en las piedras del fondo de la ribera, empecé a trepar.

La única habilidad que había desarrollado como heredera de Jasad provenía de mi afición por la escalada. Me pasaba las tardes escabulléndome del Usr Jasad al patio exterior y trepando a las altísimas palmeras datileras e higueras. Escalaba hasta la cima y salu-



CAPÍTULO DOCE

Les lancé una mirada asesina a los guardias con el ojo que el comandante no me había puesto negro. El moretón tenía mucho peor aspecto de lo que me dolía en realidad, pero me producía satisfacción el ceño culpable de Jeru cada vez que me miraba.

El resto de los guardias me ignoraron. Wes, a quien me había encontrado por la mañana al despertar cerniéndose sobre mí con un paño frío (le había preguntado si es que me había tragado algún insecto, tras lo cual se había retirado), se metió una cucharada de gachas blancuzcas en la boca. Vaun y Ren estaban hablando en voz baja al otro lado de la cocina.

Toqueteé las gachas. Volvieron a su sitio. Por el hacha hambrienta de guerra de Dania, había comido cosas desagradables cuando vivía con Hanim, pero ¿esto? Si esto era lo que comían normalmente los nizahlianos, no era de extrañar que estuvieran siempre enfadados. Tenían hambre.

—Deberías comer algo —comentó Jeru rompiendo su silencio.

—Pues dadme comida. —Aparté el cuenco. La cuchara cayó sobre la mesa con un repiqueteo y la manchó de gachas—. Esto es vómito de vaca.

La tensión se apoderó de los gruesos tendones del cuello de Vaun. No miró en mi dirección y me pregunté si era para evitar que le entraran ganas de despedazarme.

—Mejora con un poco de sal. —Jeru me pasó una pequeña bandeja.

—Preferiría comerme la sal.

Vaun se giró. Ren le puso una mano en el pecho.

—¿Hay algún problema? —Arin apareció de entre las sombras y se apoyó en la entrada arqueada de la cocina. Los guardias se levantaron de inmediato.

Llevaba el mismo abrigo negro que cuando lo conocí. Los cuervos violeta bordados en las mangas hicieron que me entraran náuseas. No había ni un cordón del chaleco fuera del sitio. La única imperfección en la refinada apariencia del heredero de Nizahl era el moretón que tenía en el pómulo.

Podría haber supuesto que las marcas de nuestra aventura por el Essam terminaban ahí, en un insignificante moretón, si no fuera porque se estaba apoyando contra la pared. En cualquier otra persona, sería una pose casual que carecería de mayor importancia. Pero no me imaginaba al rígido heredero de Nizahl encorvado, mucho menos apoyándose. Había cargado mi peso muerto riñera abajo. Seguro que las rocas le habían destrozado la espalda.

Me palpé el ojo negro y traté de no sentirme engreída.

El espectro de la noche anterior flotaba en la cocina y volvía el aire denso. Mi intento de huida no había servido para mejorar mi relación con los guardias.

—No podéis esperar que viva así —dije con el volumen demasiado alto—. Esta comida apenas es apta para las alimañas.

Ignorando la mirada fulminante de Vaun, me dispuse a enumerar mis quejas.

—Es evidente que el baño fue diseñado para funcionar con magia. ¿Lo habéis visto? Es abominable. Mi hedor actual podría usarse como arma. No tengo ropa y la única compañía que se me permite consiste en un puñado de soldados cuyas habilidades



CAPÍTULO DIECISÉIS

Arin y Ren estuvieron lejos de los túneles los días siguientes. Había oído a los guardias hablar sobre las nuevas rotaciones del comandante en el Essam para buscar pruebas que lo ayudaran a obtener información acerca de los movimientos de los grupos jasadíes. Me alegré de tener un respiro. Otros no parecían tan aliviados con la ausencia del heredero. Regresé del baño y encontré un montón de fruta aplastada en mi puerta. El suelo se encontraba lleno de un jugo que amenazaba con atraer a ejércitos de hormigas. Cogí un trozo y lo acerqué a la luz.

Bayas blancas de Jasad.

Vaun no estaba tan dispuesto a esperar como Arin. Se estaba convirtiendo en un hábito peligroso con el guardia. Tenía maneras preocupantes de hacerme daño sin desobedecer directamente las órdenes de Arin. El sentido del deber que unía a Vaun con el heredero era más profundo que el del resto de los guardias. Jeru, Wes o Ren entregarían su vida con gusto a los pies de su heredero, pero no estaban sometidos a la vorágine de protección y rabia que asolaba a Vaun.

De camino a los túneles, Wes había mencionado que Vaun había estado junto a Arin desde su infancia. En lugar de forjarse como persona, el guardia parecía haberse construido una identidad alrededor de Arin, como si fuera una extensión del heredero.

Vaun creía en el trono nizahlano y en la supremacía absoluta de su reino con el mismo fanatismo que alimentaba su odio visceral hacia los jasadés.

La respuesta me golpeó con la fuerza de un vendaval.

Arin era para Vaun lo que Sefa para Marek.

Y eso significaba que nada podría impedir que Vaun hiciera lo necesario para garantizar la seguridad del heredero, incluso aunque eso fuera en contra de la voluntad de Arin.

Estuve dándole vueltas a ese pensamiento todo el día. Arin todavía no había regresado. Cuando terminé mis ejercicios de entrenamiento, Jeru me acompañó al Hirun con dos cestas de ropa sucia. Inspiré el aroma del río y sentí que se me aflojaba un nudo en el pecho. Olía fatal, como siempre, pero me resultaba familiar.

Jeru maldijo al meterse en la orilla poco profunda del río para intentar extender la ropa sobre las rocas sin que se la llevara la corriente. Consideré ofrecerle mi ayuda, pero estaba disfrutando de un escaso momento de sol y no me apetecía moverme. Me recosté contra un árbol y crucé las piernas a la altura de los tobillos, deseando haber cogido algo de picar de la cocina.

Jeru por fin consiguió colocar la ropa sobre las rocas. Llenó las cestas vacías de agua y las vertió por encima de las prendas. No vi los abrigos de Arin por ninguna parte. Qué lástima. Me habría gustado dárselos de comer a los peces de una patada.

Acababa de cerrar los ojos para disfrutar del sol cuando un grito me sobresaltó.

Jeru chapoteaba en el Hirun luchando por mantenerse a flote. El agua fluía a su alrededor manteniéndolo inmóvil en el sitio.

Magia.

Me levanté de un salto. Había una mujer impecablemente vestida a orillas del Hirun. Las siete aberturas de la parte inferior de su abaya provocaban la ilusión de que la tela ondeaba en torno a sus piernas, protegidas por unos pantalones dorados.

—Te estábamos buscando. —Se giró y vi el dorado y plateado arremolinado en su mirada—. Maulati.



CAPÍTULO DIECISIETE

Dos semanas antes del Banquete de los Campeones, mi magia seguía presentándose como un obstáculo insalvable.

Arin quería que funcionara. Me había asegurado en numerosas ocasiones que la muerte me encontraría con facilidad si competía contra los otros campeones sin la ayuda de mis poderes. Así que nuestros entrenamientos habían aumentado, tanto en cantidad como en intensidad.

El sexto día antes de partir hacia Lukub, entré en el centro de entrenamiento enrollándome la trenza en un moño en lo alto de la cabeza. Noté inmediatamente un ambiente extraño. Mis sospechas aumentaron al ver las armas del día esparcidas de manera descuidada delante del cofre.

Arin lanzaba hacia arriba y atrapaba una daga familiar. Era la daga de Dania, de la sala de guerra. Lo hizo de nuevo varias veces y la cogió por la empuñadura cada vez que cayó.

—¿Qué pasa?

Siguió lanzando la daga. Cogí las herramientas intentando recordar cómo le gustaba ordenarlas. ¿La lanza de tres puntas iba junto al arpón o al lado del martillo?

Cuando el silencio de Arin se prolongó, me froté el puente de la nariz y espeté:

—¿Por qué insistes en torturarte?

Eso captó su atención y cerró las manos alrededor de la empuñadura de la daga.

—Torturarme. —Ese tono apagado y repleto de condescendencia tendría que haberme advertido.

—Sé lo que haces cuando te marchas a la superficie. Los Mufsidíes y los Orabi se han cobrado vidas por todos los reinos. Han esquivado a tus soldados más competentes. Por eso estoy aquí, ¿verdad? Soy tu anzuelo. Quieres atraerlos en lugar de perseguirlos constantemente.

La risa seca de Arin resonó por toda la estancia.

—Un cebo cuya magia no es capaz de hacer volar a un pájaro. Apreté los dientes.

—Lo intento.

Su mal humor era palpable, se había apoderado del centro de entrenamiento y había dejado un rastro a su paso.

—Nadie puede decir que no lo hayas dado todo. Pero es una lástima que todo lo que tienes no sirva de nada.

Enfrentarme a él en ese estado no serviría en absoluto. Arin podía cincelar el hielo con una crueldad insoportable y abrir de raíz a quienes se interpusieran en su camino. Era impredecible. El sadismo de Hanim era tosco, brusco y diseñado para tener un impacto rápido y fuerte. Me gustaba pensar que yo estaba hecha de una fibra más dura, pero no era una teoría que quisiera poner a prueba.

Antes de que pudiera marcharme, se abrió la puerta del extremo contrario del centro de entrenamiento. Entraron Sefa y Marek enfrascados en una acalorada discusión.

Sefa notó la tensión y calló. Pasó la mirada de Arin a mí varias veces.

—Disculpad. No pretendíamos interrumpir.

Por otro lado, Marek, que tenía el instinto de supervivencia de una pulga, arqueó una ceja rubia en nuestra dirección y espetó:

—¿Pelea de amantes?



CAPÍTULO VEINTE

A rin vino a mi habitación unas horas después. Prefería sufrir mis heridas antes que empujar a la superficie mi magia ya agitada, pero él permaneció en el umbral de la puerta hasta que salí de la cama. Me sostuvo el brazo (no la mano) hasta que dejó de parecer que me había estampado repetidamente contra la pared. La desaparición de mis heridas solo sirvió para aumentar mi asco. La marioneta debía mantenerse impecable para su titiritero. Noté la oleada de magia ante su tacto mucho más controlada, aunque vi que Arin cerraba la otra mano en un puño. Bien. Esperaba que sufriera. Esperaba que la atracción de mi magia lo desollara desde dentro.

En cuanto apartó la mano, me metí en la cama y le di la espalda.

No podía conciliar el sueño. Mi magia estaba activa, presionaba los grilletes de manera desagradable aunque soportable. Creía que seguíamos luchando, pero en este tipo de lucha no ayudarían las espadas. No podía cerrar los ojos sin ver muerte: mi familia, Dawoud, Soraya, incluso Adel y Mervat Rayan.

La pérdida era un lastre que siempre arrastraría. Si dejara de moverme, si dejara que se anclase, nunca reuniría las fuerzas necesarias para seguir adelante. No era bondadosa. No elegía el bien sobre el mal ni el corazón sobre el cerebro. Pero era tenaz. Rencorosa. Ha-

bía cultivado esas cualidades menores alimentándolas con cada migaja que encontraba, porque una persona bondadosa no habría sobrevivido a Hanim. Una persona bondadosa habría muerto de un modo tan miserable como Adel. No obstante, cuando ya no tuviera que luchar por mi supervivencia, ¿qué quedaría? ¿Y si mis peores cualidades ya habían canibalizado a las mejores?

Dormí mal y me desperté unas horas después del amanecer, decidida a localizar a Vaun y terminar lo que había empezado. Quizás los guardias hubieran predicho mi sed de sangre porque esa mañana me encontré en mi puerta a Sefa y Marek. Me ayudaron a recoger mientras charlaban de todo y de nada. Lo agradecí. Me lo tomé como una señal para repararme y centrarme al tiempo que reconstruía los muros que había dañado la noche anterior.

—¿Sylvia? —Marek me tocó el hombro y me di cuenta de que llevaba más de diez minutos sin moverme—. ¿Quieres que te dejemos sola?

—No. No, quedaos. —Tragué saliva y le di unas palmaditas en el brazo con cautela. Se quedó más quieto que un hombre intentando atraer a un ave para que se pose en su brazo. A pesar de su impulsividad, Marek siempre sabía qué momentos requerían mayor delicadeza. El hecho de haber sido criado en una familia nizahliana con un gran legado militar no lo había convertido en alguien severo e inflexible, y eso era digno de admirar.

Lo observé y se me pasó por la cabeza una idea intrigante. Había permitido que la diatriba de Arin sobre Jasad arraigara dentro de mí en silencio. No tenía a nadie de confianza que pudiera contarme los acontecimientos que rodearon la guerra, pero ahí había dos personas que habían crecido en el corazón de la política nizahliana. Dos personas en las que confiaba más de lo que podría llegar a confiar en cualquiera.

—¿Qué decía la gente sobre Jasad antes de la guerra? —le pregunté a Sefa.

Ella terminó de guardar sus materiales de costura bajo una capa protectora de faldas. No pareció molesta por la pregunta.

—¿Sobre Jasad en general?

Tenía que andarme con cuidado.

—El malik y la malika, la política de la realeza, la naturaleza de su gobierno... Ese tipo de cosas. —Miré a Marek—. Tú también puedes contestar.

—No recuerdo nada demasiado específico, la verdad. Recuerdo sobre todo resentimiento —dijo Sefa—. Mucho resentimiento. Un invierno, las heladas llegaron demasiado pronto, lo que supuso que la mayoría de las granjas florecieran antes de que la gente estuviera lista para la cosecha. Se desperdició una gran cantidad de comida, podrida por plagas o por el frío. Fue un invierno de escasez. Ningún reino se libró de las dificultades... excepto Jasad. La anterior sultana se tragó el orgullo y acudió al malik y la malika en busca de ayuda. Se la negaron.

Me había preparado para una conclusión así y, sin embargo, no pude evitar esbozar una mueca. Me recordé a mí misma que la falta de amabilidad no implicaba necesariamente corrupción.

No obstante, Sefa no había acabado.

—Diez días después, las fronteras del nordeste de Lukub sufrieron un ataque. Las fuerzas jasadíes asaltaron los almacenes de metales preciosos de Lukub y robaron todas sus reservas de plata y cobre. La sultana no pudo contraatacar. Sus ejércitos estaban debilitados y...

—La fortaleza —terminó Marek—. La fortaleza era un tema de conversación recurrente durante la cena en nuestra mesa.

Un nudo de inquietud se había instalado en mi estómago. Seguía atrapada en el asalto a Lukub. ¿Por qué harían algo así? Había plata y cobre de sobra en Jasad, no hacía falta robar. En mi vida nunca había habido nada tan estable como mis ideas sobre Jasad. Habían comenzado a aparecer grietas en la imagen del Usr Jasad y en mis abuelos, y sentí que empezaba a ponerme a la defensiva para el momento del derrumbe.

—Tu familia servía al supremo. Por supuesto que hablaban a menudo de su mayor obstáculo para la invasión.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sin el agotamiento necesario, mi cuerpo se negó a conciliar el sueño en un lugar desconocido. Me puse a dar vueltas por la habitación abriendo cajones y sacando el vestido para el Banquete. La noche se volvió más profunda y, aun así, el sueño seguía evadiéndome. Me cambié el camisón por unos pantalones holgados de lino y una túnica sencilla. Si pretendía dormir en algún momento de la noche, necesitaba andar.

Ren se sobresaltó cuando abrí la puerta. Miró mi ropa y frunció el ceño.

—No.

—Necesito ir al baño —le dije.

—Te acompaño.

—No me parece muy apropiado.

Someter a Ren a mi voluntad me resultó más fácil de lo que esperaba. Su apatía por mí era del tipo aburrido: no era tan fuerte como la de Vaun ni tan maleable como la de Wes. Tras unos minutos discutiendo sobre lo insultante que sería para Vaida enterarse de que me sentía lo bastante insegura para necesitar que un guardia me acompañara al baño, Ren se hizo a un lado con el descontento claramente reflejado en la tensión de sus hombros.

—Date prisa.

En el silencio de la oscuridad, los ojos del Palacio de Marfil me siguieron mientras cruzaba el pasillo. El Usr Jasad también era grande, con alas separadas y multitud de habitaciones sin explorar muy tentadoras para una niña aburrida. Pero, para mí, siempre había sido un hogar antes que un palacio. La amenaza y la magnificencia latían al unísono en el Palacio de Marfil. El palacio de la sultana Vaida transmitía un mensaje contundente: «Cuidado con el abrazo de la belleza, pues sus entrañas son codiciosas, y sus dientes, afilados».

Aunque, a decir verdad, es posible que el Usr Jasad representara lo mismo. El único punto en común que había descubierto entre los nizahlíanos y los jasadíes era su odio a mis abuelos.

Doblé la curva y me detuve ante un tapiz de Baira. La awala de Lukub descansaba en su trono con un hombre humano ligero de ropa arrodillado a sus pies. La rodeaban montones de sabuesos rubí. Baira tenía la mano en la cabeza de un sabueso gruñón y sus dedos relucían con magia contra los rubíes rojo sangre. Me estremecí al ver la desesperación en los ojos del hombre en el suelo. Ser mortal en tiempos de los awalín... No podía imaginar una peor maldición.

La escena se desarrollaba a lo largo del pasillo. Mis pasos eran silenciosos sobre la alfombra. El hombre arrodillado a los pies de Baira se levantó y se movió por el tapiz. Se agarró la cabeza y abrió la boca en un grito ahogado cuando una mujer llegó hasta él entre sollozos. Entrelazaron las manos. Los colores del tapiz cambiaron cuando el hombre cayó al suelo, muerto, y la llorosa mujer se desvaneció en el aire. Una ilusión.

El pasillo giró una vez más y el nuevo lado reveló una emboscada. Baira le rodeaba el pecho a Rovial con los brazos, sujetándolo. Dania le dibujaba runas en la frente mientras Kapastra alzaba las relucientes palmas en su dirección. Estaban en el puente Sirauk. Las nubes se arremolinaban por debajo, reaccionando a la magia que vertían los awalín. Su poder había colapsado el mismo cielo.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Me hundí entre nubes de niebla y ceniza, esforzándome por encontrar un punto de apoyo. Estaba en la enfermería con otras dos sombras. Había un bebé durmiendo en un rincón.

—¡No puedes hacerle esto! —jadeó una mujer frágil. Un escalofrío me recorrió el cuerpo tembloroso al reconocerla. Isra de Nizahl. La madre de Arin—. No sobrevivirá. Por favor, Rawain, tienes que esperar.

La segunda sombra tomó forma. Retrocedí y golpeé la cuna del bebé. El supremo no reaccionó, ajeno a mi presencia. El supremo Rawain observó a su esposa llorosa con desdén.

—¿A ti qué más te da lo que le suceda a mi hijo?

—Es tan mío como tuyo. Por favor, te lo suplico. Cuando tenga dos o tres años. Entonces podrá soportarlo. Imagina el poder de tu ascenso con un heredero sano a tu lado. Tu padre te tenía a ti. ¡Y mira cómo prospera! Cuando te conviertas en supremo, Arin será tu heredero. Tu legado.

Rawain palmeó el orbe de cristal que había en el extremo de su cetro. Al verlo, su esposa alcanzó al bebé y lo sujetó en sus brazos.

—Dos años, tres no —gruñó Rawain—. No puede recordar la pérdida.

Ella meció al niño en sus brazos acariciando sus mechones negros.

¿Pelo negro?

Unas voces flotaban en la nada pronunciando mi nombre. Mi nombre falso.

Las voces discutían en voz alta. Una de ellas, melódica a pesar de la ira, hizo que la consciencia se abriera paso a través de la neblina.

Tenía mucho frío.

La voz cambió y se acercó. La voz rítmica habló en un nizahlano suave. Miré el espacio en el que solía estar mi mano, sobresaltada por una presión fantasmal.

Aterricé en un vacío de oscuridad. El agua me lamía las piernas.

La negrura se retorció y se fundió en cuatro tronos ante mí. Retrocedí tambaleándome. Se me enganchó el pie en una piedra escarpada. Si hubiera tenido cuerpo, podría haber sangrado.

Todos los tronos tenían ocupante menos uno. Brillaban con la gloria de las estrellas y el sol, la única luz en ese yermo páramo. Eran el tiempo, la vida y la muerte hechos magia, existiendo más allá de los reinos de las almas terrenales.

Unas lágrimas reverentes me cayeron por la barbilla y se unieron a las aguas superficiales que se movían bajo los awalín.

—Una eternidad de sueño no garantiza su seguridad —dijo Kapastra, la amada madre de Omal—. ¿Y si nos despertamos?

—¿Y si no? —susurró Baira. Su belleza me abrasó a tal profundidad que no pude levantar la mirada por segunda vez—. ¿Y si moramos eternamente entre los límites de la vida y la muerte?

—No podemos permanecer en la superficie —intervino Dania—. Nuestros hijos necesitan paz.

—Rovial los arruinó. ¿Por qué deberíamos castigarnos con él? —preguntó Baira con voz áspera—. Sobre todo, teniendo en cuenta que él ni siquiera...

—Fortalece tu fe en mi profecía, hermana —dijo Dania. La mirada de la awala de Orban se demoró en el trono vacío con un

dolor más antiguo que la estructura de nuestro mundo reflejado en sus rasgos—. El sueño infinito no es nuestro destino. Cuando...

Dania se detuvo y giró la cabeza lentamente.

La oscuridad palpitó y Dania tomó forma delante de mí.

—No deberías estar aquí. —Su poder hacía ondular el vacío a nuestro alrededor—. Todavía no.

Me colocó dos dedos en las sienes. El calor reemplazó al frío invasor y lo persiguió hasta echarlo. Los colores llenaron el contorno sombrío de mi cuerpo. La niebla se arremolinó.

—Pronto, Essiya —prometió Dania.

Me desperté con un grito ahogado.

Poco a poco, mi corazón acelerado se fue calmando. Parpadeé y vi el techo de una tienda de campaña mucho más grande que la que había usado durante el viaje a Lukub.

Me incorporé con cuidado, esperando sentir el dolor desgarrador de la herida. No pasó nada. Me palpé el pecho y encontré piel suave.

Un movimiento a mi derecha me distrajo de mi enorme desconcierto. Arin dormía profundamente a un brazo de distancia de mi catre improvisado. No se había despertado. Tenía unas grandes ojeras debajo de los ojos, tan intensas que eran moradas.

Me levanté con cuidado, me tambaleé al marearme un poco y bajé la mirada hacia mi cuerpo. Me habrían cortado el vestido. Llevaba un largo traje de lana nuevo que me quedaba demasiado estrecho en las caderas. Había descansado sobre varios sacos de dormir apilados, pero Arin solo tenía una fina colcha debajo.

Abrí la solapa de la tienda.

El amanecer todavía no asomaba por el horizonte. El aire era cálido, mucho más que en Lukub. Las plantas de mis pies tocaron la tierra agrietada y removieron pequeños guijarros de arena seca. Era un paisaje orbaniano. ¿Habíamos atravesado la frontera?

Me empareé de esas pequeñas maravillas, agradecida de estar viva para verlas. Nueve tiendas más reducidas rodeaban la de Arin.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

—La verdad es que agradecería mucho que dejaras de intentar matarme —dijo Sefa cuando me desperté. El médico se levantó de la silla y corrió a mi lado. Tenía las palmas vendadas, pero la peor sensación era el mal sabor de boca. Todavía estaba en mis aposentos en el pabellón, así que no habría dormido demasiado. Un día a lo sumo. Encogí y estiré los dedos de los pies y me sentí aliviada al ver que los músculos obedecían. Habrían extraído el veneno antes de que mi cuerpo lo absorbiera.

—¿Sabes? Le dije lo mismo al Ayume —contesté apartando las manos del médico de un manotazo y sentándome. Ofendido, el hombre cogió su maletín y salió de la habitación—. ¿Dónde está Marek?

—Se ha ido a patrullar con algunos soldados —respondió Sefa—. Para ser alguien que odia con tanta vehemencia al ejército de Nizahl, sin duda es capaz de ganarse el cariño de los soldados.

Le sonreí a Sefa hasta que vi que la angustia se apoderaba de su expresión. Seguro que pensaba que había sufrido algún daño mental.

—Marek y tú no entraréis en Nizahl. Me aseguré de ello —dije—. Vaida se disgustará, pero tengo una idea para conseguir que no tome represalias.

—¿Cómo te aseguraste de ello? —Como era de esperar, frunció el ceño y se le formaron seis arrugas de preocupación en la frente.

—No he matado a ningún bebé, Sefa. —Timur era un hombre adulto cuando lo ahogué—. Ahora lo único que importa es que Marek y tú podréis quedaros en Omal una vez termine la segunda prueba. No es necesario que nos acompañéis a Nizahl.

Sefa, encajando mentalmente la muerte del campeón lukubí y su libertad recién conseguida, no compartía mi entusiasmo.

—¿Y cómo tienes pensado exactamente evitar que Vaida cumpla su amenaza? El perdón no es una virtud demasiado extendida entre la realeza.

—Su sello —espeté. La semilla se sembró cuando descubrí que el anillo de la sultana abría las puertas de su inquietante habitación subterránea. Mi trato con Arin no estaba mal, pero ningún plan estaba completo sin una contingencia—. Necesitaré que Marek y tú me ayudéis a robar el sello de la sultana en el palacio de Omal. Podemos usarlo para negociar nuestra seguridad.

Alguien llamó a la puerta e interrumpió la respuesta de Sefa. Ella se enderezó y su mirada pétrea se cruzó con la mía.

—¡Adelante! —grité—. Sefa, ¿qué pasa?

La puerta se abrió de golpe y se me erizó el vello de la nuca. La sensación inquietante llegó unos segundos antes de que oyera su voz.

—Por fin se despierta nuestra campeona —exclamó el supremo Rawain.

Mi mundo se detuvo bruscamente. Un estruendo silencioso retumbó en mi cabeza.

Un hombre con un cetro con cabeza de cuervo se sienta junto a una mujer que se está ahogando con un atuendo nizahlano. Una mujer mayor con unos dulces ojos marrones no deja de mirarme y apartar la vista. Tita Palia dijo que era la reina de Omal y que no debía hablar con ella. Al otro extremo de la mesa de roble, yeddo Niyar me da un caramelo de semillas de sésamo. Tita me pone una



CAPÍTULO VEINTINUEVE

Para la segunda prueba, tuvimos el privilegio de ser escoltados en carruaje hasta el punto de partida. Diya presionó la frente contra la ventana contando en voz baja cada árbol por el que pasábamos. Mehti gestionaba el estrés del mismo modo en el que gestionaba todo lo demás: con exceso. Primero no dejaba de parlotear sobre las bailarinas del festival del día anterior y después se embarcó en una descripción sobre el basterma que había comido envuelto en un pollo asado.

Mehti levantó los pies para colocarlos entre nosotras y resopló cuando Diya se los apartó.

—En mi pueblo, los niños cuentan historias sobre Dar al Mansi. Uno se ofreció a cambiarme su roca cuando íbamos al colegio si me atrevía a adentrarme en sus dominios.

—¿Lo hiciste? —preguntó Diya a regañadientes. Mehti era entretenido a su peculiar manera, y yo disfruté de la distracción y de escuchar algo que no fuera el traqueteo de las ruedas del carruaje.

—Era una roca muy bonita. —Resopló, y cruzó los brazos sobre el pecho—. Los otros niños estaban impresionados.

—¿Qué más da? —Diya se giró de nuevo hacia la ventana—. Dar al Mansi solo es peligroso durante el Alcalah. Las criaturas capturadas permanecen en cárceles nizahlianas el resto del tiempo.

A diferencia del bosque Ayume, Dar al Mansi carecía de corrupción en su núcleo. Apodado «el hogar de los olvidados» por la aldea enterrada en su interior, Dar al Mansi era una adición nueva al Alcalah. La preparación para esta prueba le había provocado mucha tensión a Arin.

Dos años después de la Cumbre Sangrienta, unos grupos de jasadíes que huían del asedio de Rawain se habían topado con la solitaria aldea omaliana. En el mapa de Arin, Dar al Mansi conectaba con Omal en forma de reloj de arena. Dar al Mansi se encontraba abajo, entre el bosque Essam y Omal en la parte de arriba. La aldea ya estaba abandonada cuando los jasadíes la encontraron, entregada a la naturaleza por sus antiguos ocupantes. Los bocetos que me había dado Arin al comienzo del entrenamiento mostraban imágenes de jasadíes instalados allí felizmente sin molestar a nadie, reviviendo la tierra que los rodeaba con sus poderes. El siguiente boceto a carboncillo mostraba las fuerzas de Nizahl y de Omal avanzando con sigilo por el Essam y cercando la aldea por todos los costados.

Los jasadíes de Dar al Mansi sintieron la invasión y unieron su magia para atraer el bosque Essam hacia la aldea. Brotaron árboles dentro de las casas, nidos de munban reemplazaron los suelos de las tiendas y una tierra fangosa se expandió sobre el terreno rocoso. Con la magia agotada por tal despliegue de poder, los jasadíes no pudieron defenderse. Los académicos creen que ordenaron al bosque Essam que cubriera la aldea con la esperanza de confundir a los soldados. Me había pasado horas estudiando los bocetos que me había dado Arin y había llegado a la conclusión de que los jasadíes estaban al tanto de su destino cuando emplearon la magia. Les pareció aceptable. Permitir que Nizahl y Omal les destruyeran un segundo hogar no lo era.

Una arboleda sobre una ladera boscosa separaba Dar al Mansi de otras aldeas omalianas. Cualquier criatura que los campeones no pudieran exterminar quedaría para los soldados.

—¿Qué trofeos queréis? —preguntó Mehti—. En el último Alcalah, un campeón salió con la cabeza de un nishás, una pluma

de Al Anqa'a y una cola de viroli. A mí me gustaría intentar cortar un trozo de zulal si hay alguno.

—Pues yo quiero un trofeo de las tres criaturas más fáciles de matar —dijo Diya—. Como si salir de esa aldea con vida no fuera un reto suficiente. ¿Un zulal? ¿Vas a hacer enfadar a un gusano más ancho que el Hirun y tan alto como los árboles del Essam con la esperanza de que el público te vitoree con más fuerza cuando salgas? Solo tenemos que conseguir tres pruebas de lo que mate-mos y eso es lo que voy a hacer.

—¿Dónde está tu espíritu competitivo? —Mehti hizo un puchero—. El vigor combativo de la awala de Orban debería reflejarse en su campeona.

El carruaje se balanceó y se tambaleó de un lado a otro. Diya miró a Mehti por encima del hombro, lo cual era todo un logro teniendo en cuenta que medía la mitad de su tamaño.

—Esta prueba celebra a tu demente awala, no a la mía. Dania no se andaba con criaturas salvajes.

—¿Entonces cómo llamáis a los jawaya?

Pasé el dedo por el pomo de la puerta del carruaje. La segunda prueba era la que más me aterraba. Me costaba más ignorar la realidad de mi traición cuando caminaba por un cementerio repleto de mi gente como campeona de Nizahl.

—La patrulla omaliana está esperando en el bosque Essam para acabar con cualquier criatura que se escape de Dar al Mansi —dije silenciándolos a ambos. No había hablado desde que el carruaje había abandonado los terrenos del palacio—. Me pregunto si los soldados nos atacarán a nosotros.

—¿Por qué narices iban a hacerlo? No somos monstruos —contestó Mehti horrorizado.

«Tampoco lo eran los jasadíes», estuve a punto de responder.

—¿Qué es lo que nos hace diferentes? Vamos a entrar en esa aldea a matar y mutilar. Entre monstruos y humanos, ¿qué es lo que inclina la balanza?



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Tenía que reconocerle algo a Nizahl: era mucho más tranquilo que los otros reinos.

Como era el reino más reciente y el único que no tenía awal o awala al que honrar, las costumbres de Nizahl diferían bruscamente de las de los demás. No había festivales, mercados ni celebraciones. Una vez al año, los nizahlianos se reunían para ver a los soldados más jóvenes entrar en el ejército del comandante en una ceremonia especial. Comían carne de caza, cereales y pan. Se trataba de una sociedad estrictamente jerárquica que valoraba mucho el respeto de quienes estaban por encima.

Para los nizahlianos, los lukubíes eran unos depravados, los orbanianos eran animales y los omalianos eran unos estafadores escandalosos. No eran conscientes de que la esterilidad de su reino era su peligro. Nizahl vivía como un depredador al acecho, conteniendo el aliento hasta que llegara el momento adecuado para atacar.

Jeru me acompañó hasta los aposentos de Diya para cenar. A Arin se lo llevaron por otra puerta en cuanto bajé del carruaje.

—Quizás te interese saber que su alteza el supremo no invitó a Vaun a su carruaje cuando se marchó de Omal.

Llamé a la puerta de Diya. No quería pensar en Dawoud mientras estuviera en el reino de su asesino.

Para mi deleite, Arin frunció el ceño ante el elogio. Por las profundidades malditas del Sirauk, el heredero de Nizahl estaba aturullado.

—No se lo puede considerar un sistema.

Conté con los dedos.

—Proporcionas a cada familia de las aldeas bajas una asignación de cereales, avena, patatas y arroz. Cuantos más miembros tiene una familia, más alta es la asignación. Un joven que mantenga a su familia está exento del reclutamiento, y si hay varios niños elegibles en una misma casa, la edad se eleva a veinte años. Lo cual, por supuesto, significa esencialmente que todo el mundo está exento en las aldeas bajas.

Arin frunció los labios.

—Wes.

Le rocé el brazo cuando pasamos por delante del primer edificio metálico.

—Te preocupas por tu gente, Arin. No es algo de lo que avergonzarse. —La afirmación parecía más bien una confesión hecha para susurrarse en la solitaria oscuridad—. Algún día serás un excelente supremo.

Ante el silencio de Arin, levanté la cara y lo encontré observándome fijamente con una expresión indescifrable. Encogí los dedos en los bolsillos de la capa, reprimiendo el impulso de tocarlo. Quería reírme, apartar la mirada, cualquier cosa que aliviara la presión. Si dejase que se instalara, el frágil escenario sobre el que dábamos vueltas podría derrumbarse.

—Me alegra oírte pronunciar mi nombre sin que haya un peligro inminente —dijo Arin en voz queda. La batalla estaba perdida.

¡Idiota!», bramó Hanim. ¿De cuántas maneras puedes traicionarnos, Essíya?

A mí no me parecía una traición. Era como si hubiera estado vagando por el bosque durante una noche eterna y por fin llegara el amanecer.

Era la misma sensación que experimentaba al ver Mahair tras horas cazando ranas bajo la luz de la luna. El murmullo del Hirun a mi alrededor. La risa de Fairel y los golpes del bastón de Rory. Anclajes auténticos y sólidos que me sujetaban a la tierra.

Esboqué una sonrisa temblorosa.

—Pues lo usaré con más frecuencia.

Tras una vida entera huyendo, él representaba la vuelta a casa.

Se formaron anillos en el estanque a mi derecha y la tierra tembló. Arin sonrió y cerró la mano enguantada alrededor de la mía para tirar de mí hacia delante. Unos soldados salieron a trompicones de uno de los edificios de metal (complejos militares) y corrieron hacia el sur. Estábamos detrás de ellos, fuera de la vista. Ver a tantos soldados de Nizahl desaliñados, desprovistos de la rígida disciplina que conllevaba el entrenamiento, me hizo reír. Al supremo no le haría gracia que presenciara algo así. El comandante me había llevado a una aldea omaliana en las profundidades de la Ciudadela, a los complejos en los que se alojaban los nuevos reclutas de Nizahl.

—Misiones nocturnas —comenté—. ¿Alguno lleva una fregona en la mano?

Arin gimió y me soltó la mano. Encogí los dedos alrededor de su ausencia.

—No te quedes sola con mis guardias nunca más.

Reanudamos el paso. Ver a sus soldados parecía haberlo animado, hablaba con más libertad que nunca. Me describió los oficios que debían aprender los soldados porque sus deberes iban más allá de la vigilancia y el combate. Los reclutas rotaban entre los complejos y solo ascendían al ejército cuando se consideraba que habían demostrado una destreza excepcional en los entrenamientos y los gremios.

—¿Entrenas tú a los nuevos reclutas?

—Rara vez. Me tienen demasiado miedo. —Parecía descontento por un hecho que agradaría a la mayoría—. Se limitarían a obedecer.



EPÍLOGO

ARIN

En la locura que se desató, Arin de Nizahl permaneció inmóvil en un mar de movimiento.

El césped de la Ciudadela estaba abarrotado de invitados. Los soldados conducían carruajes repletos de barriles de agua hasta el ala en llamas y entraban corriendo.

—Murió. Creía que había muerto —repetía constantemente la reina Hanan. La reina de Omal se hundió en un ovillo lastimero en el suelo. Felix corrió hasta ella e intentó levantar a su abuela—. ¿La hija de Emre está viva?

Volaban acusaciones entre la realeza. Se había alojado bajo sus techos, había comido en sus mesas.

—¡Encontradla! —Rawain dio un golpetazo contra el suelo con el cetro—. ¡Cerrad las puertas! ¡Enviad centinelas al bosque!

Arin sabía que debía decir algo. Tenía que decirle a su padre que los soldados no hallarían nada en los terrenos de la Ciudadela y que, en lugar, debería ordenarles que establecieran barricadas en los caminos. Si la noticia llegaba a las aldeas altas de Nizahl, se esparciría por todo el reino en cuestión de días. El pánico prendería como fajina seca y las aldeas bajas empezarían a acaparar comida y a esconder a los niños elegibles para el reclutamiento.

Sin embargo, otro tipo de caos se había desatado dentro del heredero. Estaba ganando velocidad, preparándose para detonar. Buscó el control entre la masa agitada, pero lo evadió.

El heredero de Nizahl no sabía lo que podría salir de su boca si intentara hablar. A pesar de que el fuego ardía en el ala de la Ciudadela cubriendo a los soldados de hollín y ceniza, Arin era la mayor amenaza para la gente que lo rodeaba.

Por primera vez en su vida, no podía pensar.

La voz de Vaida danzaba junto a su oído.

—¿La reina de Jasad? ¿En serio? Pobre, debes de sentirte fatal. Tanto tiempo al lado de tu mayor enemiga solo para perderla ahora. —La sultana se movió para mirarlo de frente con una sonrisa engreída en la boca de color rubí. Se inclinó hacia él—. Y seguro que habéis estado muy cerca... —Las palabras de la sultana murieron en sus labios cuando Arin sacó las manos enguantadas y las cerró alrededor de su garganta.

Fue vagamente consciente de los guardias lukubíes dispersos que gritaban y corrían hacia ellos. De su padre, golpeándole el brazo con el cetro mientras levantaba a una Vaida pateante.

«Arin —susurró Sylvia. Le presionó la mejilla contra el pelo—. ¿Te estoy haciendo daño?».

Vaida forcejeó contra sus dedos inflexibles, intentando liberarse. Lo miró a los ojos y lo que viera en ellos la hizo retorcerse como un gato en el agua. Los soldados nizahlianos se estrellaron contra los lukubíes en un choque de espadas.

Dos cuerpos se abalanzaron sobre él desde el lado y los hicieron caer a él y a Vaida. Los guardias lukubíes agarraron a la sultana, que se tambaleaba sollozando, y la llevaron a toda prisa a los carruajes lukubíes.

Los rostros horrorizados de sus guardias personales lo observaron fijamente. El supremo Rawain pasó de la rabia al encanto en un instante para apaciguar a la atónita realeza.

—Todos sabemos que mi hijo no es propenso a esos arrebatos de temperamento. Debéis entender que son los efectos de la

traición de una campeona. Se disculpará con la sultana en cuanto su alteza tenga un momento para recomponerse.

Si quisiera, Arin podría repeler a sus guardias. Podría masacrar a todos los lukubíes que se interponían entre él y Vaida, meterse en el carruaje y partir el cuello que ya había perdonado dos veces.

—Señor —murmuró Jeru solo para los oídos de Arin—. Hemos encontrado flechas con sim siya cerca de la mesa del banquete. No se ha ido sola. —Flotaba ceniza en el aire sobre Jeru.

—Se la han llevado los Orabi —terminó Wes—. Señor, debéis recuperar el sentido. Los Orabi se han llevado a la reina de Jasad para su causa.

Sus tenaces guardias, entrenados por él mismo y sometidos a los viajes más angustiosos a su servicio, temían por él.

Arin observó el cielo negro y dejó que el hielo corriera por sus venas, envolviera la oscuridad y detuviera su avance.

No podría contener la tormenta para siempre, solo el tiempo justo.

—¡Fuera! —espetó Arin.

Los guardias se levantaron de un salto y los invitados retrocedieron mientras se ponía en pie.

Le dijo a Wes:

—Traed de vuelta a todos los soldados que hayan entrado en las aldeas altas. Si han causado revuelo, decid que se ha escapado un ladrón con tesoros de los carruajes orbanianos. Si el rey Murib está de acuerdo, que os acompañen diez jawaya.

Después, dio un paso hacia Jeru, y el guardia de cabello rizado se puso rígido. Arin habló con voz sedosa.

—Encuentra a Sefa y Marek.

Jeru ensanchó las fosas nasales, pero asintió brevemente.

Una vez que sus guardias se hubieron marchado para cumplir su voluntad, Arin se giró hacia los invitados congregados. Evitó la mirada astuta de su padre.

—Únicamente los que se encontraban en el estrado de la realeza estaban lo bastante cerca para oír con claridad lo que ha suce-

dido antes de que se derrumbara el ala. Los demás solo han presenciado a la campeona de Nizahl usando la magia. No se puede difundir el rumor de que la reina de Jasad está viva. Hay jasadíes ocultos en todos vuestros reinos, profundamente arraigados en la estructura de nuestra sociedad. Si se enteran de que su reina los llama, vuestras tierras padecerán las consecuencias. Basta con que un sirviente oiga una conversación. Su identidad debe permanecer en secreto a toda costa. —Pasó la mirada por los rostros de los presentes—. La campeona de Nizahl se ha revelado como jasadí y ha atacado la Ciudadela esta noche. Ni más ni menos. ¿Entendido?

Uno a uno, todos los miembros de la realeza asintieron. Felix temblaba de ira, pero agachó la cabeza. Tendría que bastar.

En lo alto de la Ciudadela, Arin lo observaba todo desde un balcón de hierro forjado. Pasó el pulgar por los grilletes que había recuperado de las ruinas humeantes del salón de baile. Los primeros rayos de sol brillaban sobre Nizahl. Era el inicio de un nuevo día.

Cuanto más viviera Essiya de Jasad, más probable era que se corriera la voz sobre su regreso. Sin que la realeza lo respaldara, el asedio contra Jasad se había cobrado miles de vidas. Un levantamiento jasadí con la hija de Niphran a la cabeza sumiría a los reinos en una guerra de la que jamás se recuperarían.

«El malik y la malika de Jasad eran mineros de magia».

Si continuaba con las prácticas profanas de su linaje, la guerra sería solo el principio. Su magia sobrepasaba cualquier cosa que Arin hubiera sentido jamás. Era un poder más grande del que debería existir.

—¿Alteza? ¿Me habéis llamado? —preguntó Vaun con la voz apagada tras él. Arin no apartó la mirada del rubor del amanecer que teñía los rincones más lejanos de su reino. Estaba ahí, en alguna parte.

—Que el consejo se reúna —dijo Arin.

Recorrió los grilletes con el pulgar una y otra vez. No podrían esconderse de él para siempre.

La confusión retrasó la respuesta de Vaun.

—El consejo ya se ha reunido, mi señor.

—Que lo hagan en el ala de guerra.

Vaun inhaló bruscamente.

—Sí, señor.

Arin no oyó los pasos del guardia al marcharse ni la puerta cerrándose tras de sí.

El heredero de Nizahl acarició una vez más los grilletes de Essiya y empezó a planear.